

# LA SEMANA INTERNACIONAL

## HACIA UNA «NUEVA CARTA DEL ATLANTICO»

### Se trata de establecer relaciones más firmes en lo político, en lo económico y en lo militar

#### Dos destacadas preocupaciones norteamericanas: la adversa balanza comercial y la crisis de las fuentes de energía

Por Pedro GOMEZ APARICIO

EN el almuerzo anual de la Associated Press, celebrado el lunes 23 en Nueva York, el consejero principal del Presidente Nixon, Henry Kissinger, expuso extensamente en un discurso las líneas maestras de lo que se ha llamado "Nueva Carta del Atlántico". Por la voz del propio Presidente se ha afirmado que este 1973 será "el año de Europa": para el próximo otoño tiene ya proyectado Nixon un detenido viaje por nuestro continente, y es probable que en él someta a la aprobación y aun a la firma de los más destacados dirigentes políticos una formulación, cuando menos, de principios sobre los que fundamentar una reordenación, más ajustada al momento presente, de las relaciones políticas, militares, económicas e incluso diplomáticas interoccidentales.

La primera "Carta del Atlántico" había sido suscrita por el Presidente Franklin Roosevelt y el "premier" Winston Churchill el 14 de Agosto de 1941, cuando se hallaba en plena virulencia la segunda guerra mundial. Más que de una Carta orgánica propiamente dicha se trataba de la enumeración de aquellos postulados que deberían regir tras la derrota del régimen nacionalsocialista alemán y que en no escasa parte serían incorporados a la Carta de las Naciones Unidas. Entre esos postulados figuraban: el respeto para las formas de Gobierno, así como para la independencia y la soberanía de los pueblos; la proscripción del empleo de la fuerza; la instauración de un sistema de seguridad basado en el desarme; el acceso de todos los Estados al comercio y a las materias primas, y la más amplia colaboración económica "con el objeto de asegurar a todos condiciones más favorables de trabajo, progreso económico y seguridad social".

Basta esa simple cita para deducir lo desfasada que, ya a poco de terminar la guerra, se quedó la "Carta del Atlántico", lo que determinaría, entre otras consecuencias, el casi universal programa de alianzas defensivas que puso en práctica el secretario de Estado, Foster Dulles. Pero, en días más

recientes, se han operado, internacionalmente, tres hechos de trascendental alcance: la reconstrucción económica de Europa, que, tomando como punto de partida las generosas ayudas del Plan Marshall, ha ido gestando un concepto unitario competitivo—económico y aun políticamente—con Norteamérica; la comparecencia en el plano mundial, y ya prácticamente como primera potencia, de Japón, con quien indispensablemente hay que contar; la evolución de las ideas sobre seguridad, de modo que, aun sin haberse atenuado siquiera el peligro de una agresión comunista, se han abierto las puertas de una cooperación, al menos comercial, con Moscú y con Pekín. Ese peligro no se ha desvanecido, ciertamente: el secretario de Estado, William Rogers, acaba de afirmar que en los diez años últimos, mientras los Estados Unidos han reducido en un tercio su potencial militar en el mundo, la Unión Soviética ha aumentado sus efectivos militares en un treinta por ciento, ha doblado su presupuesto de Defensa y ha reforzado considerablemente sus fuerzas nucleares, a la vez que la China comunista ha mantenido "el mayor Ejército del mundo y ha acrecentado sus fuerzas aéreas y navales y puesto a punto un proyectil nuclear".

Se hace preciso, en cuanto al Occidente, conservar en plenitud de eficacia el poder defensivo del Pacto del Atlántico, pero como el mundo actual viene regido por la económica, urge estrechar los lazos económicos dentro y fuera de una Comunidad que no tiene como finalidad exclusiva la defensa. Después de la guerra del Vietnam, dos preocupaciones principales imperan hoy en Washington: el importante déficit de la balanza comercial, causa determinante de la devaluación del dólar en Febrero, y la alarmante crisis de las fuentes de energía y, más especialmente del petróleo. Todos estos factores combinados son, a fin de cuentas, los que subyacen en esta "Nueva Carta del Atlántico", con la que se pretende dar la efectividad máxima a la O. T. A. N.

sin subrogación en ella de las responsabilidades que a los demás alcanzan. Por emplear las palabras de Kissinger, "los Estados Unidos tienen intereses y responsabilidades mundiales; nuestros aliados europeos tienen intereses regionales: ambos intereses no son necesariamente conflictivos, pero, en la nueva era, no son tampoco automáticamente idénticos"; la consecuencia es que "no podemos permitirnos más tiempo la fidelidad a los intereses nacionales o regionales sin un esquema unificador", supuesto que "necesitamos una visión compartida del mundo que intentamos construir", y ello teniendo en cuenta—conviene poner en esto especial atención—que la unidad de Europa no puede ser "un fin en sí, sino el medio de vigorizar al Occidente".

Si bien los intereses respectivos distan mucho de ser antagónicos, hay que esforzarse en hacerlos más entrañablemente armonizables. Desde el punto de vista comercial, el impulso creciente dado a la Comunidad Económica Europea ha incorporado a esa Comunidad de índole regional otros países de Europa, del Mediterráneo e incluso de África, lo que restringe el acceso a ellos de no pocos productos norteamericanos. Pero, desde el punto de vista militar, y no obstante el grado de prosperidad alcanzado por los miembros europeos de la Alianza, el peso de ésta continúa gravitando sobre Norteamérica. Se hace preciso un reparto más equitativo de las responsabilidades militares y, consiguientemente, de sus cargas. Los Estados Unidos no rehúyen las suyas; sin embargo, ha de tenerse en cuenta que se trata de una seguridad colectiva que impone a todos derechos, si, pero también deberes. Washington, como ha ratificado el Secretario de Estado, William Rogers, rechaza terminantemente la posibilidad de una retirada de sus fuerzas destacadas en Europa; y no sólo porque esa retirada constituiría un error cuando ha empezado en Viena la negociación sobre la reducción "mu-

tua y equilibrada" de fuerzas, sino porque aún subsiste el peligro de un ataque en Europa.

Urgidas las nuevas relaciones de una orientación más entrañable y firme, claro es que su negociación y, sobre todo, su definición no pueden ser entregadas a Comisiones técnicas que hacen inevitables la delimitación de competencias: será indispensable que las asuman los dirigentes más caracterizados para que sus decisiones respondan a las más amplias perspectivas políticas. Tal es lo que sin duda se propone Nixon al emprender lo que él ha designado como "el año de Europa" y al programar su detenido viaje por Europa en el próximo otoño.

Es posible que esta denominada "Nueva Carta del Atlántico" adolezca—y es uno de los reproches que para ella tienen determinados ambientes diplomáticos—de vaguedades y de imprecisiones: siempre ha sido difícil descender desde el terreno de los puros principios dogmáticos al de las realidades prácticas. No deja de suscitar recelos, de otra parte, el importante papel que, aunque responde a consideraciones muy realistas, se reserva al Japón en una Alianza que, hasta ahora, le ha sido tan distante: es posible que ello repercuta desfavorablemente en el camino de la distensión emprendida con los países del Este, los cuales, claro está, no han de ver con buenos ojos este prometedo intento de reforzar la colaboración occidental.

### Crisis económica y crisis de petróleo

La exposición de Kissinger ha sido precedida en lo inmediato por dos mensajes presidenciales al Congreso que, en cierto modo, la configuran. Con vistas a las extensas—y acaso decisivas—negociaciones comerciales previstas para el próximo Septiembre, el pasado día 10 Nixon envió al Congreso la petición de poderes extraordinarios y discrecionales para un período de cinco años, que podrían prorrogarse en caso necesario. Lo que en el fondo de esa medida late es un proteccionismo excepcional que Nixon justifica de este modo: "Nuestros progresos hacia la paz mundial podrían verse comprometidos gravemente a causa de los conflictos económicos, que estimulan las tensiones políticas y debilitan las alianzas militares."

El segundo mensaje, remitido el día 18, viene a replantear, con la reclamación de medidas legales eficaces, la política energética seguida hasta ahora por la Administración de Washington. Al objeto de proteger la producción nacional de petróleo, el Presidente Eisenhower estableció en 1959 una serie de trabas a la importación mediante la fijación de cupos y la imposición de tarifas aduaneras: es lo que

ahora el Presidente Nixon se propone derogar. Al efecto propone la suspensión de los controles oficiales sobre las importaciones de petróleo crudo y de los productos refinados, el incremento de las exploraciones y de la explotación de los recursos propios, el estímulo para el desarrollo de otras fuentes de energía—como el carbón y los esquistos bituminosos—susceptibles de reemplazar al petróleo, y muy en primer término la instalación de centrales nucleares para la producción de electricidad. En un plano más amplio, y mientras esas medidas demuestran su eficacia, Nixon apunta a dos audaces blancos: procurar, a través de los organismos de la Cooperación Económica, un acuerdo con los países amigos para compartir las reservas petrolíferas en el caso de una crisis mundial del aprovisionamiento, y tratar de conseguir una colaboración más amplia—en la que, por supuesto, podría participar la Unión Soviética—para el alumbramiento de fuentes de energía hasta ahora inéditas. Según la expresión de Nixon, las naciones tienen ante sí "una ocasión única para cooperar en el logro de objetivos comunes".

Esta necesidad apremiante acaso repercuta en algunos aspectos—no en el fundamental—de la po-

lítica norteamericana sobre el Oriente Medio, y es posible que en ese mismo marco quepa situar el "plan de paz" que se atribuye al Gobierno italiano y cuyas características aún no son conocidas, aun que se haya incluido entre ellas la construcción de un poco justificable "supercanal" de Suez. Por lo pronto, parece ya ultimado con la Arabia Saudí un acuerdo—que venía gestionándose desde hace muchos meses con discrepancias, a las que se ha encontrado una solución rápida—por el que la Aramco aumentará la producción de petróleo saudí hasta alcanzar los quinientos millones de toneladas anuales, pero ello a cambio de importantes concesiones, como la exención de derechos de aduana para aquellos productos y la participación del Gobierno de Riad en la industria petrolífera norteamericana.

### La «Nueva Carta del Atlántico»

¿Cuáles son los cimientos que, según el discurso de Kissinger, podrían servir de base para un nuevo sistema de colaboraciones en el seno de la Alianza Atlántica? Conviene señalar que lo que ha expuesto Kissinger no es todavía una proposición formal, aun cuando lleve el autorizadísimo refrendo del que es seguramente el más cualificado colaborador del Presidente Nixon, pero apunta a unas más íntimas y estrechas vinculaciones de todo orden, que al propio Kissinger ha definido así: "Tenemos necesidad de entendernos sobre todas nuestras políticas; en numerosas regiones del mundo nuestras posiciones son distintas, especialmente fuera de Europa, pero nos es necesario entendernos sobre lo que puede ser hecho conjuntamente y sobre los límites que debemos imponer a nuestra autonomía."

Quizá una de las notas más salientes sea el nivel a que, en lo diplomático, han de situarse las relaciones ahora propugnadas. El punto de partida es el de que la Alianza necesita adaptarse a las realidades nuevas, y ello sin menoscabo de la preponderancia de primera potencia mundial que viene ejerciendo Norteamérica, pero